

— TUMBONA EDICIONES PRESENTA —

# VERSUS | ROUND 9

★ ★ ★ UN ENSAYO CONTEMPLATIVO ★ ★ ★

RAFAEL **LEMUS**



— **CONTRA** —



# LA VIDA ACTIVA

EL **INDOLENTE** VS EL **BULLICIO** | EL **INMÓVIL** VS LOS **ESFORZADOS**

UNA TOMA DE DISTANCIA FRENTE AL CULTO DE LA EFICACIA Y EL EMPEÑO,  
CONTRA LA MORAL INVASIVA DE LA ACTIVIDAD SIN PAUSA

CONTRA LA VIDA ACTIVA

D.R. © 2015, Tumbona Ediciones S.C. de R.L. de C.V.  
Progreso 207-201, Col. Escandón  
C.P. 11800 México, D.F.  
[www.tumbonaediciones.com](http://www.tumbonaediciones.com)  
Twitter: @tumbonalibros

ISBN: 978-607-7534-05-1  
Hecho en México.  
*Made in Mexico.*

D.R. © Rafael Lemus  
D.R. © Diseño de colección y portada: Éramos Tantos

Este libro está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional.



**VERSUS | ROUND 9**

**RAFAEL LEMUS**

**— CONTRA —**

**LA VIDA ACTIVA**



**COLECCIÓN  
VERSUS**

*Nunca está nadie más activo que cuando no hace nada.*

Catón el Joven

*Cuando el ocio te hace infeliz, tiene el mismo valor que el trabajo.*

Jules Renard

*Con el término vida activa me propongo designar tres actividades humanas fundamentales: la labor, el trabajo y la acción.*

Hannah Arendt, *La condición humana*

## ELOGIO DE LAS COSAS

Señor, no tema. Señora, venga y oiga. ¿Sabían que ustedes pueden tener una vida feliz y plácida? ¿Vacaciones pagadas, tranquilos fines de semana, dos niños mansos y bien alimentados? Mucho más que eso. Un lunes lento e inútil entre las sábanas. Un miércoles gastado, si se quiere, en el campo. Siestas al mediodía y dulces sueños en la noche. Días, semanas enteras para consumirlas en compañía o ejerciendo, qué mejor, la más absoluta indiferencia. Es sencillo: cosa de leer un ensayito del señor Bertrand Russell y suscribirlo. El ensayo: “Elogio de la ociosidad”, de 1932. Su propuesta: tan simple y subversiva como que se reduzca la jornada laboral de ocho a cuatro horas diarias. Buena cosa para el desempleado, que ya cubrirá uno de los turnos, y buena cosa para el traba-

jador, tan alienado. Buena cosa, incluso, para aquellos que fastidian con cifras y tecnicismos: la propuesta, un número más, un número menos, es factible.

Algo pasa que nadie, ni siquiera ustedes, apoya con ardor la propuesta. Multitudes se organizan y marchan y demandan todo salvo tiempo libre. La derecha, criminal, explota y enajena. La izquierda, no menos carnicera, exige más empleos, mejores salarios, grilletes de sórdidos colores. Aunque la idea de Russell es suficiente para ponerlo todo de cabeza, nadie sale a la calle y levanta el puño en su nombre. ¿Qué pasa? Que la idea del ocio ya no vende. Se dirá que esto es mentira y que cualquiera, incluso aquel eficaz gerente, desea descanso y recreo. La evidencia demuestra lo contrario: son legión los que defienden el deber del trabajo, no el derecho a la pereza; y aun los pocos que tienen tiempo libre ya buscan cómo saturar sus horas. Hay que decir que esto, el desprestigio de la ociosidad, es cosa nueva. Son muchos los siglos que nos preceden y en todos los anteriores a la sociedad industrial el trabajo fue concebido, razonablemente, como una pena. Se hacía la guerra, se acaparaban tierras, se esclavizaba a hombres y mujeres y niños con el único objeto de imponer el diario tormento a los otros. Se trabajaba, no sin ira, sólo si un látigo obligaba a ello. Nótese



ahora, en cambio, la vanidad idiota con que nuestro vecino revisa su agenda, consulta a su secretaria y anuncia estar, sí, tremendamente ocupado.

Es tal el descrédito del ocio que en no mucho tiempo la palabrita que lo nombra se sumará a nuestro populoso cementerio léxico. Para las generaciones futuras el terminajo *ocio* será tan incomprensible como para nosotros la palabra *sobrepelliz*, la costumbre del bombín o, si nos ponemos melodramáticos, el concepto del honor. Un esqueleto, sólo eso, de cuatro letras. Si alguna vez hubo una guerra entre el trabajo y el ocio, ha concluido, y no vencieron los vagos. Está claro: de 9 a 7 son horas de fábrica y oficina. No se confundan: las demás horas son también propiedad del trabajo. Ese, el problema: el trabajo lo avasalla todo. En sus horas nos tritura y vacía. Cuando al fin nos escupe, su sombra, que se llama cansancio o abulia, nos persigue. Si alguien, un héroe, conserva cierta energía, ya se le apura a que corra y la gaste. Porque también eso: en los breves tiempos de ocio se trabaja. La ética laboral ha rebasado las fronteras de la oficina y la fábrica y mora, dominante, en todas partes: los gimnasios, los cursos de educación continua, los divanes que nos invitan a ocupar dramáticamente nuestro tiempo libre. Donde antes había asueto y fiesta ahora hay un régimen blando

de trabajo. ¿Exagero? Exagera el mundo, que ya ofrece diversiones extremas (altas cumbres, profundos cañones, sinuosos safaris) a la salida del despacho.

Hubo un tiempo en que casi cualquier empresario hubiera firmado estas palabras de Henry Ford: “El principio moral fundamental es el derecho de los hombres al trabajo [...] Según mi parecer, no hay nada más abominable que una vida ociosa. Ninguno de nosotros tiene derecho a algo semejante. En la civilización no hay sitio para gente ociosa.” Hoy los patrones argumentan de modo más amable y, por lo mismo, más avieso: el ocio, aseguran, no es malo, entre otras cosas porque no es esencialmente distinto del trabajo. Dicen: trabaja durante tu tiempo libre. Añaden: relájate y diviértete durante las horas laborales. Para difuminar la frontera entre el trabajo y la ociosidad, imaginan los instrumentos de tortura más atroces: convenciones en la playa, reuniones familiares, comedores públicos, viernes de mezclilla y manga corta... Para ocultar que el trabajo es sinónimo de tortura, se fingen amigos, compadritos, de sus empleados. Pero, señor, no se engañe; señora, no se rinda. Antes de resignarse a ocupar un trabajo *amigable* y sin corbata, repitan: existe el trabajo y existe el ocio, y el trabajo es el lado siniestro de la vida. Entiendo que ustedes, señor, señora, son sólo dos

y que no pueden abolir por sí solos el régimen de trabajo: demanden, al menos, la reducción de la jornada laboral. Comprendo que la vida es tosca y que pronto deberán volver a la oficina: trabajen, al menos, de mala gana. No olviden a Marx: “El trabajo es, por su esencia, una actividad no libre, inhumana e insocial.”

Este sería un buen momento para interrumpir la charla, ofrecer una disculpa y volver a la hamaca. Sospecho, sin embargo, que ya es más fácil abandonarse a la inercia y facturar otras frases. El culpable, por ejemplo. Si tuviera que señalar un culpable, diría, para no pensar demasiado: el capitalismo, el cochino capitalismo. La productividad. La publicidad. El consumo. Pero esto no es enteramente cierto: también en la isla del dictador Fidel Castro se trabaja de mañana a noche —y de noche a mañana las jineteras. Para ser sinceros, hay que decir que el capitalismo ofrece una extraña paradoja: nunca se había trabajado menos, nunca se había trabajado tanto. A la vez que redujo las horas de trabajo e inventó la semana laboral de cinco días, la sociedad capitalista impuso una certeza protestante: el trabajo es bueno. Primero fomentó el ocio y luego, cuando vio que el ocio no era rentable, decretó: gasta, consume, trabaja en tus horas de descanso. ¿Entonces? Por lo pronto, contra el

trabajo. Contra la moral del trabajo, aquí, ahora, a la mitad de este supermercado.

No querrán saber, pero sabrán de todos modos, que mi aversión hacia el mercado tuvo un origen literario. Gastaba yo mis días y noches leyendo novelas y relatos. No una evasión sino al revés: una manera de experimentar lo real desde el cómodo vaivén de mi hamaca. Leía, digamos, no para embotarme sino, digamos, para recrearme. Pero hubo un día, y después otro día, en el que el libro, una novedad editorial, no pretendió otra cosa que sedar mis sentidos. Luego fueron otros días, otros libros, la misma mierda. Ya no recuerdo bien cómo concluí lo que sigue, pero concluí lo que sigue: el culpable es el mercado editorial, el mercado a secas. Supongo que ya notaba la vulgar tendencia a hacer de la literatura un entretenimiento, y del entretenimiento, una manera de degradar el ocio. Porque eso pasa: la sociedad contemporánea ofrece múltiples modos de matar el tiempo libre pero pocos para intensificarlo. En lugar de vehículos que nos permitan penetrar la realidad, pasatiempos que nos distraen de todo menos de este precepto: el tiempo que vale es el del trabajo, no el del ocio. Reconozco que mi crítica del mercado puede parecer maniquea, y por lo mismo advierto a los izquierdistas que ya me estiran un carné: tampoco me

caen bien ustedes. Para empezar, se mueven demasiado. Como si sólo el conflicto los dejara satisfechos.

La moral del trabajo, entonces. Buena cosa que no tengo que moverme, cambiar de autor y texto, para afirmar que la moral del trabajo es moral de esclavos. El mismo Russell lo indica. Yo agrego: es moral de esclavos todavía, incluso en medio de nuestras democracias liberales, incluso si aceptamos el yugo con agrado. Se quiera o no, trabajamos para un amo: el patrón, la empresa, el país, el progreso o como se quiera llamar al hocico que nos devora. Un detalle: también el patrón trabaja, no importa que duerma sobre fajos de billetes. ¿A quién sirve él? Al trabajo mismo. Es absurdo pero cierto: se trabaja para seguir alimentando la lógica del trabajo. Se anda de una oficina a otra, o se golpea sin tregua el teclado de la computadora, o se fabrican más y nuevos alfileres, para que el mundo no suspenda ese bamboleo en el que, mal que bien, subsistimos. Pero nada nos garantiza que incrementar la velocidad del mundo, y producir más objetos, y desechar más basura, mejore nuestras vidas. El abotargado rostro de los obreros, la estúpida mueca de los novelistas nos demuestran más bien lo contrario: mejor sería producir menos cosas, escribir menos novelas, sobrevivir de otro modo. Pero ¿cómo detener la mar-

cha? Creo que fue Aristóteles, o al menos el Aristóteles que yo recuerdo, quien apuntó que el absurdo es infinito: en el principio de los tiempos un exaltado tuvo la mala idea de actuar, y su acción provocó un daño, y hubo que actuar para reparar ese daño, y esa acción provocó otro daño que hubo que...

La frasecita, moral de los esclavos, hace pensar en Nietzsche, y así está bien: hablamos aquí de lo mismo. Aunque él dirigió su furia contra el mal del cristianismo, no es difícil desviarla y apuntarla contra la sociedad contemporánea. No por nada Paul Laforgue, yerno de Marx y santón de los perezosos, escribió que la moral capitalista es una “lastimosa parodia de la moral cristiana”. Nietzsche descubrió, bajo la cruz, una rebelión y una transvaloración perniciosas: los esclavos vencieron a los amos y establecieron sus propios vicios como valores. Lo mismo ocurre, desde hace un par de siglos, con el asunto del trabajo: el pequeño burgués terminó por rebasar al aristócrata holgazán y, previsiblemente, tuvo oportunidad de decretar la nueva cartilla moral. Como no pudo ir más allá de sí mismo, fijó su propia vida como modelo: la propiedad, el consumo, el demasiado trabajo. Pero hay otras vidas. Hay vida más allá del trabajo. Tonto estaría yo si anhelara la restauración de la nobleza rentista que

compraba su ocio sometiendo a la mayoría. Sólo digo: azucemos la furia contra ese pequeño burgués —ese mediocre belga, diría Baudelaire— que llevamos estúpidamente en el bolsillo.

Con la moral del trabajo, el culto a la eficacia. Si se labora es para algo, y no precisamente para recrearse a uno mismo; se trabaja para producir. ¿Qué? Cualquier cosa, de preferencia algo fácilmente vendible, pero producir. Para decirlo de otro modo: no importa tanto el trabajo como el resultado del trabajo; menos el mecanismo que el producto. No hay, para el capitalista rapaz, trabajos más o menos hermosos sino trabajos más o menos productivos. Todo, cualquier actividad o método, vale si es eficaz y genera algo mensurable. Casi ni es necesario decir que esto, el culto a la productividad, supone también una aceleración del ritmo del mundo. Eso: *time is money*. No sólo hay que producir: hay que producir más, y más rápido, que la competencia. Aquello que nos distrae de este objetivo no es un desvío, acaso agradable, sino un estorbo y debe ser librado. No exagero. Allí está, por ejemplo, mi tío, que tiene su negocito y no desea otra cosa que hacerlo crecer cuanto antes. Trabaja como esclavo el pobre. Y cuando no trabaja, me dice, “invierte” su tiempo libre; es decir: aprovecha su escuetas horas de

ocio no para descansar ni, menos, para diversificarse sino para aprender las técnicas, los trucos, que harán crecer su negocio. ¿Ya dije, por cierto, que la palabra *negocio* significa llanamente *negación del ocio*?

Como no llevo prisa, volvamos a la literatura. También aquí prevalece, cada vez con menos resistencia, el culto a la eficacia. Incluso los autores más jóvenes, que no están obligados a saber *cómo hacerlo*, se empeñan en hacer obras *eficientes*, sin fisuras ni desperfectos, correctamente producidas. El propósito: alcanzar, sin demasiados desvíos ni gastos innecesarios, el punto final. Entre las normas: avanzar sin tropiezos, atar bien los cabos, evitar la opulencia verbal, no distraerse con minucias y, cosa importante, no jugar si no hay razón para hacerlo —y nunca, de hecho, hay una justificación válida para jugar. No sorprende (por el contrario: aburre) que las nuevas generaciones recurran con tanta frecuencia al género policíaco, habitualmente veloz y vertical. ¡El daño que ha hecho Borges, el gusto de Borges por lo policíaco, a las nuevas generaciones! Cuando el argentino fingía disfrutar los relatos detectivescos, lo hacía para joder a sus contemporáneos. Ahora, cada que un joven elige, para expresar su espíritu fabril, el género policíaco, un bostezo irrumpe y me mastica. Rara costumbre, apar-



te, esa de escribir libros que *funcionen* cuando se pueden escribir obras que exasperen o decepcionen o desorienten o rasguen. Uno, incluso, puede tomar un género, una superstición literaria, y no parar hasta descomponerla. O parar sencillamente antes del final. O, mejor, no empezar nunca.

Libros que funcionen: ¿para quién? Para el amo, claro. Para el señor lector, la patrona lectora. Porque también en la literatura contemporánea campea la moral de los esclavos. Se trabaja para alguien; se escribe no porque algo deba ser escrito sino porque alguien demanda ser divertido. El señor, la señora, desean que se les complazca, y más vale darse prisa: son muchos los cortesanos, es mucha la competencia. Se dirá que dramatizo, que los escritores siempre han escrito para los lectores. Pero aquello era un diálogo. Esto es distinto: una tiranía, y no es el escritor el que gobierna. Ocurre que el lector más chato ha terminado por imponerse y exige obras a su imagen y semejanza: veloces, banales, eficientes. El lector más sofisticado, por el contrario, no demanda: en vez de libros que lo consientan y reafirmen, gusta de perderse y de encontrar, entre el basurero, alguna obra que lo desafíe. Sí, siempre hubo buenos y malos lectores. No, nunca antes el mal lector había pesado tanto en el mundo

editorial, la conversación pública, el inconsciente de los autores. Se escribe, masivamente, para agradarlo, y ese es el problema. No extraña que el conocido lamento de Salvador Elizondo —cada vez son más los libros escritos para ser leídos y menos los que se escriben porque necesitan ser escritos— coincida con esta queja de Russell: “El hombre moderno piensa que todo debería hacerse por una razón determinada, y nunca por sí mismo.”

Que la moral del trabajo se opone a la idea del juego es cosa clara. El objeto de trabajar, al menos en la sociedad contemporánea, es producir; el propósito del juego no es otro que jugar. Si uno se toma con seriedad un juego, ya descubrirá que no importa el resultado, sólo el juego mismo: su lógica, su mecanismo, su voluntad de abolirnos. Hans Georg Gadamer, que algo sabía de ping pong y damas chinas, aseguraba que el verdadero jugador no juega para ganar o perder sino para ser jugado. Añadía: el sueño del juego es jugarse a sí mismo. Que es como decir: el juego manda. No en la literatura contemporánea. ¿Se ha visto cómo se desdeña hoy, a diferencia de hace cuarenta o setenta años, esa literatura que no desea otra cosa que enroscarse en sí misma? ¿Se escucha el rumor de todos aquellos que emplean la escritura para decirse en vez de encenderla, y atizarla, para que ella se

escriba a sí misma? ¿No les parece sospechoso el afán de crear obras, tantas obras, y no mecanismos literarios capaces de reproducir —o mejor: de recrear— la literatura? ¡Y ese desprecio, tan pequeñoburgués, con que se condenan hoy las aliteraciones y las rimas y las cacofonías y los juegos de palabras! Lo que quiero decir es esto: que el culto a la eficacia terminará por asfixiar, está sofocando, a la literatura. No, digo esto: que la literatura presente tiene un insoportable tufo a almacén.

Los invitaría a jugar conmigo —no sé, tal vez canicas o frontenis— pero sospecho que tienen prisa. Así, con prisa, no hay manera: el juego demanda atención y tiempo. Además, no puedo garantizarles que será divertido; como ya dije, el juego no produce, a veces ni siquiera diversión. Si lo que quieren es sonreír y distraerse, dejen de escuchar de una vez este discurso y vuelvan —¡lleven guantes!— a la calle. Son muchas las ofertas de entretenimiento: toda una industria, ocupada en matar el tiempo libre, está a sus pies si usted tiene más arriba, en la mano derecha, unas moneditas. Sería raro que encontrara una propuesta seria de juego; lo que impera es la diversión segura e inmediata: dos sonrisas por cada peso. Nadie quiere que usted gaste vanamente su dinero ni, mucho menos, que se ocupe tanto de un juego como para que

olvide volver a casa, dormir temprano, checar tarjeta a la mañana siguiente. Vaya, son tan buenos estos señores del entretenimiento que ya ni siquiera le obligan a salir de casa: encienda el televisor, retoce con su videojuego, abra la novela del verano. Porque su tiempo libre, entienda, no es importante: no es una oportunidad para librarse del overol y penetrar el mundo. Porque el mundo, entienda, es pobre y más le vale a usted comulgar con la realidad mejorada, virtual, que se le ofrece. Las balas de pintura blanca y roja que no matan. El documental televisivo que no ensucia. Los libritos de aventuras que no fatigan. La experiencia que no.

Miren lo sentimental que soy: antes las cosas eran distintas. No *antes*, cuando yo era joven, sino *antes*, cuando el mundo aún pesaba. Porque hubo un tiempo en que las cosas, los árboles, las piedras, los pájaros tenían *qualitas* y significaban. No ahora, cuando, una y otra vez reproducidos, no retienen siquiera su *aura*. Ese es otro de los lastres del capitalismo de consumo: a pesar de que satura de objetos nuestro horizonte, empobrece el mundo. La Tierra, alguna vez sagrada y luego aterradora, fabulosamente secular, es, en la cabeza de nuestros ejecutivos, apenas un escenario: el supermercado en que nos movemos y trabajamos y compramos. Las cosas, desprovistas

de densidad, han sido reducidas a calidad de mercancía o herramienta. O valor de uso o valor de cambio: el mundo no parece conservar nada sagrado, ni siquiera un algo hondo y espeso, para aquellos que adoran el fetiche de la eficacia. ¿Un río? Se le cruza. ¿Una obra de arte? Se le vende y se le cuelga, y se encarga al artista la siguiente pieza. ¿Una piedra? Si no brilla, no existe. Existen las obras de la tecnología y estas tampoco remedian el problema. Al revés: vacían otro poco el mundo, consolidan el triunfo de la técnica.

¿Hace cuánto tiempo que usted no se detiene y contempla, de verdad contempla, una piedra o una mosca? Hace rato yo miraba el pequeño caparazón de una tortuga y ya le digo: la cosa tiene su encanto. Es cierto que, salvo que el animal ponga un huevo, la cosa no me sirve para un demonio y que toda ella cuesta menos que cualquier parte de cualquier coche. Lo que sea, pero yo creo que de haber mirado un poco más el caparazón habría encontrado, entre sus formas, un asomo de algo grande o, al menos, fascinante. Pero sonó el teléfono. Pero olvidé la cosa. Pero volví a la hamaca y seguí pensando esta queja. Porque esto es una queja: la maldita sociedad de consumo ha vaciado al mundo, y el trabajo maldito no da tiempo de contemplar las cosas hasta poder resignificar-

las. Para contemplar cualquier cosa se necesita tiempo, atención y otro elemento que la diosa eficacia también combate con éxito: conocimiento inútil. Es posible que uno mire, por horas, una pieza de arte y que la pieza sencillamente no nos arrobe. Es posible que, de golpe, el recuerdo de otra pieza, o alguna referencia musical encontrada en un libro, o un dato nimio jamás olvidado, transforme nuestra percepción de la obra y suceda al fin el arrobo. También es probable que esa experiencia no nos dispare, como querrían los gerentes, hacia delante, en línea recta, sino hacia el fondo de otra obra.

Sorprendía a Bertrand Russell la desmedida fama de Hamlet. Su pregunta: ¿por qué este hombre, vacilante y temeroso, gravita más en el imaginario de los modernos que el iracundo Otelo? Su hipótesis: porque los hijos de la modernidad sencillamente no pueden comprenderlo y despacharlo. Entienden mejor, asimilan más fácil, la rabia irracional de Otelo que el pensamiento sin acción de Hamlet. No la brutalidad sino la especulación circular, la reflexión que no concluye en un acto obvio, les causa vértigo. Hoy puede decirse lo mismo: se entiende y celebra el instinto, se entiende y celebra el conocimiento técnico, pero se teme y desdeña, por lo general, el conocimiento teórico, el conocimiento a secas. Todo debe tener un fin,

¡y no demasiados parecen considerar que el conocimiento sea un fin en sí mismo! Debe trabajarse en beneficio de la empresa o la patria, ¡y la teoría es autista, habla una jerga, se discute a sí misma! Como no se halla placer en el conocimiento, se decreta: el conocimiento no es placentero, debe contribuir a crear productos placenteros.

Decir que las cosas tienen sólo un valor de uso y un valor de cambio supone decir que carecen, entre otras cosas, de un valor estético. Mucho me temo que esto demanda una aclaración. Hoy las cosas son bellas, acaso más bellas que nunca. Muebles, automóviles, utensilios de cocina: todo es bosquejado por las grandes firmas de diseño y fabricado con los mejores estándares de calidad. La cuchara que te llevas a la boca: pensada por un artista reputado. El hotel con el que sueñas: un milagro de la arquitectura. Tu camisa o el insólito botón de tu camisa: tan bonitos. Hoy todo, casi todo, es bello y por lo mismo la belleza contemporánea, como ha escrito Yves Michaud, es gaseosa: está en todas partes y en ninguna. Peor: es un deleite tan cotidiano que es cada vez menos vigoroso. Reconozca usted que nuestra actitud ante las mercancías bellas suele ser poco contundente: celebramos su delicada forma y, si no podemos adquirirlas, les tomamos una o dos fotografías. Acepte que la experiencia

estética se ha desvanecido o, cuando menos, ablandado. Walter Benjamin señalaba, hace tiempo, que las obras de arte en la época de la reproductibilidad técnica no precisan de ser contempladas; basta con “percibir las en la distracción”. Si quiere comprobarlo usted mismo, asista a la inauguración de una muestra de arte contemporáneo. Dígame: ¿quién, entre el público, mira, en verdad mira, las obras? Es que ya no se trata de mirarlas sino de percibir, como dice otra vez Michaud, el ambiente: la música, el lugar, los otros invitados, el bonito y fastidioso momento. Ahora imagine: si esa mirada deparamos a los objetos del arte, ¿cómo estaremos mirando las demás cosas?

La contemplación, entonces. Si tuviera que dejar de gimotear para proponer, eso diría: la contemplación, entonces. No, señor: no una mirada veloz, sibarita, a las cosas sino atención y recogimiento. No, señora: menos diseño y más arte, menos placer y más goce. Digamos: una contemplación terrena, capaz de perforar la espesa realidad y de introducirnos violentamente en ella; no la contemplación platónica, que marcha en sentido contrario, de la cosa a lo divino. ¿Cómo? Observar un pedazo del mundo hasta que el mundo tiemble, o cambie de forma, o muestre sus repelentes entrañas. Atender detenidamente



la naturaleza porque sólo así, con atención, se la descubre —la naturaleza, como sabían los griegos, ama esconderse. Mirar las cosas hasta que las cosas se vuelvan a saturar de cosidad, peso y gracia. Reconocer que la realidad basta, e incluso sobra, y que, en vez de adornarla con más objetos, sería mejor acotarla, condensarla, intensificarla. Aceptar, en suma, que estar aquí, entre los otros y las cosas, es trabajo suficiente, demasiado trabajo.

No conozco mejor elogio de la contemplación que el escrito hace casi veinticinco siglos por Empédocles y recogido, en *La naturaleza ama esconderse*, por Giorgio Colli. Decía el griego: “Vamos, observa con todo tu poder cognoscitivo cada objeto en su claridad esencial.” Agregaba: “No te fíes más de la vista que del oído, ni del oído más que de los sabores distintos de la lengua. A ninguna de las otras facultades, por doquier que exista un camino que conduzca al conocimiento, le niegues tu fe, y capta cada objeto en su esencial claridad.” Si se contempla el mundo, se descubren los “componentes interiores elementales de la realidad”, que “te pertenecerán para toda la eternidad, y de ellos adquirirás muchas otras riquezas cognoscitivas”. Mejor: si se contempla devotamente el mundo, la vida crece y la realidad se acentúa: “Tierra acrecienta su propio cuerpo, el aire acrecienta el aire.”

Señor, espere. Señora, regrese y oiga. Sé que yo hablaba en un principio de vidas plácidas y felices. Sé que hablo ahora de contemplación y cosas. No me disculpo: de haberlo querido, ustedes podrían haberme llamado. Aparte, tampoco he divagado, no demasiado. Esto decía: el trabajo es el mal. Porque achata a los seres humanos. Porque satura de baratijas el mundo. Porque sepulta la realidad con tanta basura. Porque desdeña el juego. Porque empobrece el ocio. Porque se opone a la pereza. Porque es vida activa. ¿Que qué puedo ofrecerles yo? Allí, entre ustedes, hay un papel con la propuesta del señor Bertrand Russell impresa. Si quieren, firmenla. Usted, señora, llévese a casa aquella piedra. Usted, señor, tenga este hueso, alguna vez de un pollo, y no lo tire. Miren la piedra y el hueso. Miren la piedra y el hueso, ya en sus camas, hasta que algo se encienda y refulja. Cuando vuelvan, aquí seguiré, tendido en la hamaca. Prometo no ir a ninguna parte.

## ELOGIO DEL ABURRIMIENTO

Olvide, señor, al obrero. Olvide, señora, al siniestro ejecutivo.

Ahora que han vuelto, elijamos, si no se oponen, otro adversario.

El monótono donjuán, por ejemplo. O la infatigable adolescente. O el turista que apenas pisa una ciudad y ya se apura a mancillar la que sigue. Eso digo: ya no el trabajador sino el ocioso, el ocioso contemporáneo.

Bonito mundo sería este si el trabajo fuera el único problema. También el tiempo libre es hoy una monserga. En parte, por lo ya dicho: porque el trabajo lo avasalla todo y nos devuelve exhaustos, estúpidos, a la cama; porque la ética laboral ha vencido en todas partes e incluso durante el tiempo de ocio se trabaja; porque es ya una

costumbre atar, durante las vacaciones o los fines de semana, el nudo de la soga que nos asfixia: consumimos entonces, y no con pocas risas, lo que se produjo durante la tortura del trabajo.

Bonita cosa el aburrimiento y, sin embargo, miren cómo se le desprecia. Turistas, arquitectos, salvadoreños: todo mundo anda de un sitio a otro con el único fin de evitarlo. Prostitutas, amas de casa, permanentes candidatos a la presidencia: nadie parece dispuesto a dejar pasar el tiempo, a sencillamente no hacer nada. Esa es la otra parte del problema: el ocio es hoy una pena porque es ya parte de la vida activa; porque la gente anda y corre y viaja para saturarlo; porque se prefiere matar el tiempo libre antes que acomodarse en él y encontrar, en uno de sus pliegues, el torpor del aburrimiento. Apenas si hay que decir que no existe hoy enemigo más común ni más temido que el aburrimiento. Incluso la angustia, incluso la melancolía, incluso la depresión, conservan cierto prestigio romántico, un aura de intrigante locura. No el tedio. Es tanto el desprestigio del aburrimiento que, de hecho, ya es sinónimo de mala cosa. ¿Que cómo estuvo la película? No pobre ni malograda ni infame: aburrida. ¿Que cómo estuvo el libro? No vivo ni válido ni hermoso ni desafiante ni brillante: divertido. Parece que simplifi-

co, lo sé, pero sólo repito lo que escucho: que está bien sonreír, que está mal bostezar. Pobre gente: como si el espíritu no se forjara en lo más hondo del aburrimiento.

Miren de una vez, antes de que yo empiece a divagar, a la gente que pasa: ese joven nervioso y apurado, aquella mujer nerviosa y apurada. Esperen un segundo y miren otra vez: ya vuelven, aún nerviosos y apurados, la mujer y el joven. Se dirá que eso es normal, que la vida es movimiento, que en cualquier parte, a la vuelta de cualquier esquina, nos espera una experiencia memorable. Pero justo eso, vida y experiencia, es lo que hace falta. Que digan lo que quieran pero yo no me engaño: ni el joven ni la mujer se toparon en su camino de hoy con una experiencia, y por lo mismo ya saldrán mañana a buscarla de nuevo. No irán, ya dije, a la fábrica o a la oficina (están de vacaciones o no trabajan, da lo mismo) sino a escalar una montaña o a remar en un río revuelto o a tajarse el brazo con una navaja o a apostar la camisa en una ruleta o a domar a algunas desdichadas bestias. Lo que sea que los aleje del aburrimiento. Lo que sea que los haga experimentar la realidad, la aspereza de la realidad. Es cierto que estas personas, al revés del vapuleado obrero, no buscan distracción sino un suceso más intenso. Es verdad que se equivocan del mismo modo: trabajan, se agi-

tan, confían en el movimiento. Sencillamente no pueden quedarse quietas.

Me avergüenza confesarles que no tengo un nombre, no todavía, para esta enfermedad del espíritu. Me alegra indicarles que tampoco Iván Goncharov, autor de ese monumento al tedio que es *Oblómov*, tenía una palabra precisa para definir la efervescencia de muchos de sus contemporáneos. Conocía, como conocemos nosotros, los síntomas del mal: el nerviosismo, la falta de concentración, el exceso de movimiento, la fe imbatible en la vida activa, esa extraña incapacidad para quedarse en cama. Sabía, como sabemos nosotros, que, “si a lo largo del verano [estos hombres] permanecen todo un día en casa, sienten que algo los oprime, los agobia y les impide estar tranquilos; una fuerza irresistible los expulsa de la ciudad, un espíritu maligno se apodera de ellos...” Reconocía, como reconocemos nosotros, los efectos devastadores de la acción constante: “su juventud, su salud floreciente, sus brillantes esperanzas, todo se perderá en el agotamiento, en medio de esfuerzos atroces y voluntarios”.

Mal del ímpetu: así llamó Goncharov, provisoriamente, a este desequilibrio del espíritu. *Mal del ímpetu*: así tituló a su novela referida al asunto. Si

estaban a punto de preguntarlo, el libro arranca de este modo:

¿Han leído ustedes, muy señores míos, o por lo menos han oído hablar de este extraño mal que antaño padecieron los niños en Alemania y en Francia y que no tiene nombres ni ha quedado registrado en los anales de la medicina? Se trataba de una dolencia que creaba en ellos la necesidad de subir al monte Saint-Michel (creo que en Normandía).

¿Han leído ustedes, señor y señora, o por lo menos han oído hablar de ese común mal que padecen millones en todo el mundo y que la medicina llama, torpemente, hiperquinesis? Se trata de una dolencia que crea en los enfermos la necesidad de subir al monte Saint Michel y de bajar al cañón más profundo y de esquiar incesantemente y de repetir, una y otra vez, el viaje en teleférico y de abandonar los libros que oponen resistencia y de comprar chucherías hasta embotarse y de mirar todas las películas del verano y de repetir, una y otra vez, el trajín en montaña rusa y de moverse de una ciudad a otra y de seguir siempre hacia adelante, con prisa, porque el aburrimiento también avanza y es, claro, el adversario.

Si usted piensa que me contradigo, se equivoca: no tolero el demasiado movimiento, llámese trabajo o mal del ímpetu. Si cree que exagero, no tiene una idea: puedo ser bastante más intransigente. Podría, por ejemplo, citar a Epicuro y aquello de la ataraxia, o a Pascal y aquello de los hombres incapaces de persistir entre las cuatro dichosas paredes. Podría, incluso, recurrir a Cioran y clausurar esta charla con una de sus irrefutables pedradas. Pero lo cierto es que estoy ya viejo y uno se cansa y transige. Fueron muchos los días y las noches de mi juventud en que no hice otra cosa que mirar mis manos o contar mis respiraciones o fingirme insobornablemente una piedra. Ahora no hay tarde en que no abandone la hamaca y ande por ahí, en el mundo, rara vez con entusiasmo. Me da pereza repetirme pero acaso sea buen momento para hacerlo: creo en la experiencia, creo en la posibilidad de rasgar el disfraz del mundo y de experimentar, aunque sea por un instante, el hedor, la belleza, la estimulante complejidad de lo real. No creo que el trabajo o la actividad frenética sean los medios pertinentes para conseguirlo.

Creo, estoy por probarlo, en el aburrimiento.

De haber un argumento, iría más o menos de este modo: tedio es separación, tedio es estar desapegado de la



realidad. Quien se aburre está desprendido: pisa el mundo pero no es parte del proceso del mundo. Las cosas ocurren, están (allá), y el que se hastía sobrevive, fluye trabajosamente (aquí). No un abismo sino un velo, intangible y apenas evidente, se opone entre él y la experiencia del mundo. Puede estallar, digamos, la mañana del otro lado del velo, o declinar un vasto imperio, o persistir la guerra diaria, y nada de eso afecta al que se aburre. Ni siquiera la agitación extrema, mucho menos la agitación extrema, consigue sacudirlo: cuando uno se hastía da lo mismo rascarse los sobacos, admirar la noche o arrojarse en paracaídas.

Está además el tiempo, que se rehúsa a arrastrarnos. Si nos aburrimos, no somos una partícula más en el devenir: miramos desplomarse, uno a uno, los segundos. Lo primero, la sensación más obvia, es la lentitud: todo parece durar demasiado, acaso para siempre, y nada fluye con soltura, como si no sólo uno, también el mundo, se hubiera atascado. No es extraño que la palabra alemana para designar el tedio, *Langeweile*, signifique llanamente “larga duración”. Es más raro que el tedio, como ha explicado Thomas Mann, suponga también una aceleración del mundo: ahora, mientras se le padece, el tiempo no pasa; en un futuro, cuando se recuerde el abu-

rrimiento, parecerá que todos los meses de hastío se reducen a un mismo, insípido día. Tengo para mí, sin embargo, que el rasgo más característico del tedio es que anula los instantes. Si, según Gaston Bachelard, el devenir es una sucesión casi ininterrumpida de instantes, el aburrimiento es lo contrario: no la experiencia de los instantes sino el tormento de los lapsos transitivos, esos tiempos muertos que yacen entre un segundo y otro. Es como si el que se aburre habitara un desventajoso pliegue del tiempo: demasiado tarde para gozar del instante anterior, demasiado pronto para disfrutar del siguiente.

Señores, una imagen: Charles Baudelaire —chaleco, bastón, pajarita— gasta las horas en un café suntuoso. En las mesas a su lado: algún burgués, una mascota, dos o tres mujeres espléndidas. En la calle frente a él, un espectáculo nada menor: París y su agitada modernización. Alumbrado público, barrios derruidos, bulevares amplísimos. Baudelaire observa y de vez en vez anota, sin repulsión ni entusiasmo, alguna palabra o esta pregunta en su cuaderno: “¿Para qué ejecutar los proyectos si el proyecto es, por sí mismo, un goce suficiente?” Aunque persigue la originalidad, no celebra con fervor las novedades ni extraña, pese a su decadente romanticismo, el

mundo que se fuga. No escribe, sobra decirlo, una crónica. No podría hacerlo: el espectáculo frente a su ojos sucede lejos, en ese instante pero en otro tiempo.

Baudelaire no hace nada, salvo desear la muerte, para sacudirse el aburrimiento. Mucho me temo que la mayoría de los hombres, menos estoicos, practica, con objeto de volver a enchufarse con el mundo, las más abigarradas coreografías. Antes de mirarlos y reír, una atenuante: hay una disposición física a ello, un afán natural de actuar y crecer y expandirse. Otra disculpa: persiste la fantasía romántica y esta sugiere que eso, la comunión entre el hombre y el mundo, es todavía posible, sobre todo a través de la aventura. Pero para ser honestos: no es la voluntad de crecimiento ni la imaginación romántica lo que motiva nuestros actos cotidianos. Es el miedo, el común miedo al aburrimiento. Porque el tedio es, sí, aterrador: quien se aburre, aun en medio de la multitud, está absolutamente solo; si no se huye del bostezo, un abismo metafísico se abre y nos devora.

El alpinista que conquista una cumbre y ya mira la siguiente, el licenciado que cambia desesperadamente de canales televisivos, la secretaria que habla y grita para no concederle un segundo al silencio: triste, absurda coreografía. Se pretende vencer el tedio y el tedio es jus-

tamente lo invencible. Se puede, digamos, erradicar la pobreza o abatir la tontería pero con el tedio no hay manera. Hágase la prueba y ya se verá cómo, después de una vida gastada en el despótico altar de la acción, se concluye en el mismo callejón que Byron: “No nos queda más que aburrirnos o aburrir.” Porque, en principio, el aburrimiento es inasible, ¡y cómo derrotar aquello que no sabemos siquiera reconocer! El tedio no es una dolencia nítida y localizada. Es un malestar hijo de puta: está en todas partes y en ninguna. Los hastiados insisten: un vaho, y no una punzada, es lo que los asfixia y tortura. Ahora que me aburro, agrego: nada, ninguna fórmula o tarea, garantiza disipar la neblina. Tampoco el esfuerzo personal lo hace. Uno puede entregarse al frenesí de la labor con la esperanza de disolver el tedio y uno puede descubrirse, a la mitad de un safari o al borde de un orgasmo, renovadamente aburrido. Pessoa, que aburrió a un puñado de heterónimos, apuntaba: “El tedio de los grandes esforzados es el peor de todos.”

Es verdad, señora, que de pronto un individuo se desprende de la coreografía, se enciende un instante y comulga momentáneamente con el mundo. Es verdad, también, que el romanticismo nos ha querido convencer de que eso, una epifanía, es suficiente para justificar

una vida toda bostezos. No estoy seguro. Sé, eso sé, que la demente danza contemporánea rara vez concluye en un instante de plenitud y júbilo. He visto a mis contemporáneos sedados o divertidos. Los he visto destruidos, ya sabiamente perezosos, o entusiastas, camino al fracaso. Los he visto ir de un lado a otro, coleccionando sensaciones, y los he visto ya de vuelta, robustecidos sus egos, contando orondamente sus anécdotas. Pero muy pocas veces he encontrado a un hombre capaz de presumir, de veras presumir, una experiencia. Para decirlo de otro modo: son muchos los que extenúan monótonamente el mundo pero apenas unos cuantos los que saben girar sobre su eje hasta perforar el tedio y hundirse en la tupida madeja de lo real.

Una hipótesis: es escasa hoy la experiencia porque es escasa hoy la aventura. La aventura, según el señor Vladimir Jankélévitch, es cosa grave: no una diversión extrema sino un paréntesis de vida plena en el curso de nuestras vidas desteñidas. No una anécdota grata sino un episodio, irrepetible, de horror y belleza. Antes que diversión, vértigo y peligro. Sobre todo eso: una aventura, para de veras serlo, debe poner en riesgo nuestra naturaleza. Si uno se aventura, la palabra muerte, y con ella un sentido trágico de la existencia, despunta en el

horizonte. Si uno persiste, el porvenir se torna incierto: la experiencia puede matarnos o sacudir, transformar, nuestra vida. Por el contrario: aquel suceso que no nos acerca a los bordes ni compromete, en el juego, nuestra constitución psíquica no es aventura sino distracción, cosquillas.

Díganme de cuál de nuestras diversiones contemporáneas podríamos decir lo que sigue:

Al introducir la tensión patética y la fantasía en la existencia, la aventura nos recuerda que las barreras sociales son fluidas; nivela al inferior y al superior, acerca a los desiguales, suprime las distancias, trastoca las jerarquías, suaviza una justicia demasiado rígida... (Jankélévitch, *La aventura, el aburrimiento, lo serio*)

No, tiene usted razón, de las aventuras que ofrecen los agentes de viaje. De acuerdo con Jankélévitch son dos, al menos, los tipos de aventura: la mortal, profunda, y la estética, menos intensa. En la primera, todo corre peligro; en la segunda, el hombre, que algo arriesga, mantiene cierta distancia y contempla, mientras lo vive, el acontecimiento. Que la aventura actual es casi puramente estética apenas si necesita decirse. Ya no la muerte, ni

siquiera el accidente aparece como posibilidad en las ofertas de entretenimiento. Se viaja de un lado a otro, o se acribilla venados, o se seduce mujeres casadas, no para arriesgar el modo de vida propio sino para coleccionar recuerdos. Parecería que ese, adornar la vida con nuevas imágenes y posesiones, es, de hecho, el móvil de quienes se desplazan incesantemente. Peor todavía: la aventura contemporánea, la aventura que brinda la industria del ocio, es pobremente estética. Bueno sería que la experiencia resultara aplastante (el encuentro con un libro que nos impida disfrutar otros libros, el museo que vuelva prescindible la visita a los demás museos, la ciudad que nos arroje y deforme nuestro itinerario). En vez de eso, se persigue algo menor y más común: lo fotogénico. No cualquier fotografía, la menos fiel: aquella que hace parecer como aventura lo que definitivamente no lo es.

Además está, para decirlo de algún modo, la *calidad genérica* de la aventura contemporánea. Si nos aburrimos es, en parte, porque los medios de entretenimiento no están pensados para nosotros sino para todos y ninguno. Por más dispuestos que estemos a arriesgar nuestro espíritu en la empresa, la empresa (el gran turismo, la novelita del mes, la programación televisiva, los fatuos desfiles de la patria) no apela a nuestro espíritu. La aven-

tura, ya se sabe, es la experiencia más personal de todas y justo de eso, un sentido personal, carece la aventura contemporánea. El asunto es sensible: necesitamos estar en fricción con el presente y, sin embargo, los estímulos del presente nos llegan, como ha advertido Lars Svendsen en su *Filosofía del tedio*, ya codificados, digeridos, sin oponernos resistencia. La publicidad se esfuerza, con sus trampas y millones, en convencernos de lo contrario: las cosas, asegura, están hechas para nosotros y las necesitamos. Pero se esfuerzan, los publicistas criminales, vanamente: estamos solos, el mundo no nos invoca.

Para acabar con el asunto de la aventura: no es aventura, son aventuras. Otro de los rasgos del presente es que, mientras más escasa se vuelve la aventura verdadera, más aventuras se buscan. Los niños, los novios, los obreros, los altos ejecutivos, las amas de casa en su fin de semana: todos están listos para escalar cimas, disparar a los patos, conocer la jodida India. Las ofertas de entretenimiento se multiplican y, se nos advierte falsamente, son cada vez más extremas. ¿Qué delata esta búsqueda frenética de aventuras? Sencillo: que eso, la aventura, es lo que no se encuentra. O también: que si se le encuentra, suele ser débil, insatisfactoria. Si uno experimentara de golpe, y en verdad, la realidad, esa experiencia sería suficiente para



relajarnos un tiempo y regresarnos a la apretada sabiduría de las cuatro paredes. Una buena aventura, de hecho, debería hacernos aborrecer la posibilidad de experimentar pronto otra aventura. Si no estuviera tan cansado, diría que esa es una de las funciones de la aventura: devolvernos renovados, satisfechos, a la vida cotidiana.

El tedio de las demasiadas aventuras. Kierkegaard ha escrito famosamente sobre el asunto. Según su tipología, hay un “hombre estético” —justo el bicho que increpamos: vano y efervescente— y es uno solo su destino: la desesperación. Si no goza, porque no goza: el mundo es frío y aburrido. Si alcanza el placer, porque lo alcanza: es breve y se escurre; es tópico y se parece a otros placeres; es mucho y enajena. De un modo u otro, la misma, torpe estrategia: multiplicar, no intensificar, las aventuras. Tengo un par de citas, desde luego, para convencerlos de que la táctica correcta es, debe ser, la contraria: no coleccionar sensaciones sino intensificar unas pocas experiencias. Jankélévitch: “El remedio contra el tedio no estriba tanto en extender la diversión como en limitarla e intensificarla.” Italo Calvino: la mejor manera de combatir el infierno es “buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.”

Parte del problema es, otra vez, la moral del trabajo y su adoración de la producción y el consumo. El mismo furor que enciende al obrero, enciende y mastica al aventurero que viaja y consume. Si el trabajador produce lo que se le obliga, el hombre con mal de ímpetu consume lo que se le ofrece: distracciones inanes, elaboradas diversiones, expediciones ecológicas, hoteles de gran turismo, películas, festivales, esta y aquella otra bagatela. No desdeña nada porque su propósito no es disfrutar repetidamente una misma cosa sino atesorar anécdotas, agotar el campo de lo posible. No desprecia, como Guy Debord, las ofertas de la sociedad del espectáculo para construir, en algún margen, un acontecimiento, una situación. Anda y consume. Anda y se consume.

No hay que ser Iván Goncharov para anticipar que las facultades de cualquiera se agotan con tanto movimiento, ni hay que ser Fernando Pessoa para advertir que al final del bullicio descansa el “tedio de descubrir, bajo la falsa diferencia de las cosas y de las ideas, la perenne identidad de todo”. Hay que reprimir de vez en vez la tentación del movimiento para saber que eso —lo todavía no vivido, los deseos que aún no conocen su fatiga— es el mejor pretexto para persistir otro rato en el mundo.

Una pausa. ¿Han visto esos pequeños jardines públicos cuya desolación nos invita a visitarlos? Pues bueno, miro uno desde la hamaca. El pasto crecido y húmedo. Los macizos troncos de diez o doce árboles. El herrumbroso tiovivo. ¿Que por qué no dejo la hamaca y me monto festivamente en uno de los columpios? En parte, por cortesía: estoy hablando con ustedes. En parte, porque he leído un bello ensayo del señor Robert Louis Stevenson que me recomienda, a la manera de Bartleby, mejor no hacerlo. Habla Stevenson de la “sensación de perspectiva”, ese placer que provocan las cosas y los espacios que descansan siempre un poco más allá, en el horizonte. Habla de cierto malestar de la cercanía, esa decepción que se sufre a menudo cuando algo se alcanza y se exprime y el goce de la anticipación termina. Hay que pensar mucho en un paisaje, advierte, antes de empezar a disfrutarlo. Hay que paladear la expectativa de la experiencia antes de perpetrar la acción. Para convencernos, refiere este episodio de *Werther*:

Cuando llegué aquí, ¡cómo me llamaba el hermoso valle desde todas las laderas, cuando lo miré desde la cima de la colina! ¡Oh, perderme en sus misterios! Corrí a su encuentro, y volví sin hallar nada de lo que anhelaba. ¡Ay! La dis-

tancia es como el futuro. Un todo enorme se extiende en el crepúsculo ante nuestra alma; la vista y el sentimiento se adentran y se pierden en la perspectiva, pero ansiamos entregar todo nuestro ser, y dejar que se llene a rebosar del éxtasis de una única sensación gloriosa; y desgraciadamente, cuando corremos a su fructificación, cuando el *allí* se ha transformado en el *aquí*, todo está como estaba antes, y nos quedamos en nuestro pobre y exiguo estado, y nuestra alma ansía un elixir que aún burbujea.

Dije antes, antes del paréntesis, que el tedio es cosa grave. Es, también, cosa vieja. En el principio fue, como sabía Kierkegaard, el aburrimiento: el bestial bostezo que expelió al mundo. Después, como cualquier sociólogo advierte, fue la edad moderna y su renovado tedio: la individuación creciente, la erosión de las lealtades tradicionales, el desencantamiento del mundo, la soledad, etcétera. Todo eso, es cierto, y sin embargo es posible decir, casi con vanidad, que no hay aburrimiento más potente que el contemporáneo. Porque hay un desasosiego específicamente contemporáneo.

La ausencia de una perspectiva a largo plazo, por ejemplo. Ni el trabajo embrutecedor de las oficinas ni la

simpática programación del canal 13 ni la voluptuosa industria del ocio son capaces de ofrecer hoy, con sus millones de moneditas, lo que las ideologías criminales procuraban en la primera mitad del siglo xx: un ideal de vida para los entusiastas. ¿Nostalgia? Ni siquiera un poco: lo que yo prescribo es pereza, no entusiasmo. Sólo digo: antes ellos, los entusiastas, quemaban sus calorías mientras vivían y mataban en nombre de un ideal. Ahora basta detenerse un segundo para verlos ir y venir sin concierto. Ahí están: cambian un auto por otro, corren de un gimnasio al siguiente, retacan sibaritamente sus estómagos... y nada, pobres, sacia su romántica voluntad de vuelo. Es como si ninguno de sus movimientos, ninguna de sus escenas, se inscribiera en un movimiento más amplio, en un acto. Por el contrario: acciones sueltas, flatulencias del esqueleto.

Ahora ya puede decirse: el movimiento es pernicioso.

Ahora ya puedo advertirle: tome usted, señor, señora, un descanso.

Observe, mientras descansa, cómo los otros andan y se aventuran malamente y casi nunca logran, al revés de lo que desean, conectar con el mundo. No diga que ya lo harán, a la mitad de otra aventura, o que no importa experimentar lo real mientras uno se distraiga y divierta.

Acepte lo obvio: no recuperan, y muy probablemente no recuperarán, la sensación de realidad porque ese, andar y agitarse, no es el medio pertinente. Repita conmigo: el movimiento, en vez de anular el tedio, aumenta la separación entre el individuo y el mundo. De nuevo: el movimiento, en vez de anular el tedio, aumenta la separación entre el individuo y el mundo. Ocurre que la aventura contemporánea zarandea al individuo pero deja intacto al mundo, y el mundo, ay, también necesita ser sacudido. Lo apremiante es acercar al hombre y al mundo, y el movimiento actual sólo se ocupa de divertir y, en el mejor de los casos, de fortalecer al individuo. Camino equivocado: mientras más nos ocupemos del hombre y más ignoremos la realidad, más grande será la brecha entre ambos elementos, más espeso el aburrimiento. No nosotros sino el mundo debe ser reforzado.

No nos aburrimos porque hayamos perdido voluntad y fuerza. Por el contrario: somos fuertes y duramos demasiado. Es el mundo el que se ha debilitado. Ni qué decir que ha perdido encanto: no es ya un lugar sagrado cuya mera existencia pasme. No es siquiera, o al menos no parece ser ya, un sitio hermoso: es poco el tiempo que tenemos para contemplarlo y, a final de cuentas, para qué mirarlo cuando podemos, según los publicistas, po-

seerlo. Hay cosas en todas partes pero, ya se dijo, están desprovistas de *qualitas*. No cosas, más bien mercancías. Señor, señora, conocen la tarea: hay que volver a colmar de sentido el mundo. Que el mero hecho de estar aquí presentes, entre los otros y las cosas, valga la pena.

Tonto estaría yo si dijera: vamos, reconstruyamos el mundo. Digo justo lo contrario: hagamos una pausa, contemplemos el mundo. Hay trabajo, sí, pero no supone, por fortuna, movimiento. Es cosa de atender la realidad; una tarea de suprema atención, como quería Valéry. Lo dicho: mírese detenidamente la piedra, o el árbol, o el pelaje del perro a nuestro lado, hasta reconocer que la piedra y el árbol y el perro a nuestro lado tienen grosor, sustancia, una existencia al margen de la nuestra. Suspendamos un momento nuestra impaciente danza y admitamos que la piedra y el árbol y el perro son seres y cosas asombrosos, que su presencia es un misterio, que su valor y peso le restituyen algo de interés al mundo. Admitamos en seguida que, si el mundo conserva algún atractivo, no todo está perdido y que el tedio, incluso el tedio, puede remitir. No digo nada de los seres humanos: salvo nosotros tres, me parecen sombras pueriles, vanas.

Entonces: la solución para remediar el aburrimiento no es huir del aburrimiento. La solución es sumirse en el

aburrimiento hasta encontrar, en el fondo, un mundo denso capaz de oponernos resistencia. Sugería Martin Heidegger: hacer del tedio pasajero un tedio profundo y esencial que marque lo más hondo de nuestro ser. Escribía Joseph Brodsky: “Cuando el tedio haga presa de ti, sumérgete en él. Deja que te presione, que te arrastre hasta el fondo.” ¿Qué se oculta allí? No el movimiento de los otros sino la quieta existencia de las cosas, atadas al piso, dotadas de sustancia. No los espejismos brillantes, pero estériles, de la industria del ocio ni la fría comodidad de la rutina sino un atisbo de realidad. Cierta fricción. Un asomo de vida.

Podríamos reírnos de lo que sigue pero es ya tarde y los obreros duermen extenuados: se busca desesperadamente una experiencia que nos libre del tedio y el tedio es, ay, la verdadera experiencia. Es, de hecho, una aventura, y no cualquier aventura: la más potente y decisiva. Si nos sumergimos, si de verdad nos sumergimos, en el aburrimiento, descubriremos pronto que este no es un estado pasivo sino exasperado, capaz de desvelarnos, con una violencia casi insoportable, la materia de la que está hecho el mundo. No se está seguro cuando se abraza el tedio: su experiencia puede demoler nuestra cordura, transformar nuestro espíritu. Tampoco se conser-



va una distancia estética, atenuante, en esta aventura. De hecho, no hay aventura menos estética que la del aburrimiento. No se puede narrar el tedio (Beckett, que se empeñó toda la vida en lograrlo, es el mejor ejemplo: fracasa cada vez más radicalmente); y a nadie interesa ver fotografías de nosotros aburriéndonos. Es mejor así: la experiencia del tedio es demasiado honda como para ser, aparte, fotogénica.

Señor y señora, una disculpa. Es ya de noche y no tengo ninguna conclusión que ofrecerles. Hemos llegado al final y aquí también todo luce desierto. Cuando uno alcanza el fondo del aburrimiento, eso descubre: la vastedad del desierto, la finitud de los hombres, la vanidad de sus actos, la insignificancia de sus obras, la perenne sabiduría del bostezo. Esa es la lección del tedio y es lumbre: quema o despeja, calcina a algunos hombres y reconcilia a otros con el mundo. Es una lástima que yo no pueda arder ahora, mientras hablo.

*Contra la vida activa* de Rafael Lemus  
se terminó de imprimir, mientras bostezábamos sobre la hamaca,  
en el mes de septiembre de 2008, en la ciudad de México.  
El tiraje fue de mil ejemplares.  
En la composición se utilizó la tipografía Mercury Text  
publicada por Hoefler & Frere-Jones.



## CONTRA LA VIDA ACTIVA



La esencial inquietud del universo parece regir nuestro destino; estamos obligados a participar de la actividad por decreto cósmico. Es más, en vez de que intentemos alcanzar al mundo, la cotidianidad nos pisa los talones. Resulta imposible detenerse sin convertirse en un ser irrelevante. La contemplación, por fortuna, nos otorga el paréntesis vital que nos salva de perecer en la estampida. La renuncia a desbocarse se torna quietud contestataria. Este ensayo de Rafael Lemus invita a situarnos del lado de la pasividad apoltronada, esa región desde la cual el entusiasmo se antoja sobrevaluado. Ya que estos tiempos han depositado su confianza en el esfuerzo voraz, es preciso, para no aferrarnos a la pausa ociosa y descender al infierno del tedio.

**Rafael Lemus** (México DF, 1977) es crítico literario. En fecha reciente decidió saltar del otro lado de la barrera y publicó el libro de cuentos *Informe*. Fue editor de la revista *Cuaderno Salomón* y actualmente es parte de la redacción de *Letras Libres*.



ISBN 978-607-7534-05-1



9 786077 534051